

Durante mi clase en Teams acostumbraba a llamar a cada uno de los asistentes para que hiciera alguna intervención. Una de ellas en particular llamó mi atención, pues en cada una de sus intervenciones se escuchaba el sonido característico de un monitor. Ante la recurrencia, pregunté a mi estudiante la razón. Quedé pasmada con la respuesta. “Teacher, estoy enferma y estoy tomando la clase desde el hospital”

REMOTO: Con la modalidad a distancia mediada por dispositivos se logró acercar lo que el contacto corporal alejaba: la comunicación entre profesores y estudiantes. Ante el aislamiento obligatorio las pantallas quedaron convertidas en el único acceso en ambos extremos. Por estas aduanas se emitieron y se recibieron los insumos digitalizados con los que evitar la parálisis académica amenazante tanto en las instituciones como en los proyectos personales. A través de la pantalla ingresaron los materiales de estudio y salieron los hábitos personales, llegaron las presentaciones personales diseñadas y se fueron los secretos del diseño de las personas en sus hogares; en modo de configuración de entrada recibimos accesos, turnos, pantallazos, herramientas, un innumerable número de enlaces que fueron respondidos en configuración de salida como debilidades de conexión en zonas demasiado pobladas, incompetencias para el manejo de los dispositivos, secretos no revelados, incapacidades diversas apreciadas sólo por ese múltiple monstruo de dispositivos audiovisuales que nos espiaba con permiso concedido y nos dejó un estigma de sospechosos.

Nunca habíamos estado tan lejos los unos de los otros y simultáneamente nunca nos habíamos sentido tan invadidos, un juego a las escondidas matizado con una larga lista de estrategias para ocultarse, para excusarse por estar así en casa.

CONFINAMIENTO: Una doble curiosa paradoja se escenificó mientras los usuarios de las tecnologías de la información y de la comunicación avanzábamos en los cursos. De un lado, la

certeza de que esas formas de interacción nos permitirían ampliar el radio de acción en términos de distancia, autonomía y tiempo. Sin embargo, nunca antes los seres humanos nos sentimos más acorralados entre la pantalla y la pared. Por otra parte, la casi inapelable convicción de que los procesos en los que la educación sucede deben más que actualizarse, reconfigurarse debido al inminente uso de esas tecnologías con el propósito principal de tener a disposición inmediata cualquier información y un inagotable arsenal de recursos. Es decir, disminuir las distancias entre los interlocutores, acelerar los tiempos de acceso y respuesta, potenciar la autonomía en quienes estudian. Aun así, lo que se asumía como una mutación irreversible en la geometría virtuosa y viciosa entre estudiante, conocimiento y profesor, de donde se puede apartar la figura del profesor o evitar las congregaciones, terminó en la exigencia del contacto físico: el imperio de los sentidos todavía nos rige y el hágalo usted mismo requiere algo más de lo que disponemos con un clic tras otro.

MEMORIA: Las experiencias individuales y colectivas de lo que experimentamos durante ese periodo aterrador y traumatizante se ha quedado de muchas maneras en cada uno de nosotros. Sus consecuencias físicas todavía están por ser determinadas, sus consecuencias mentales y comportamentales siguen sin presupuestos; sus efectos en los ámbitos en los que la

educación sucede empiezan a ser evaluados: brecha digital, desarrollo inadecuado de competencias digitales, docentes con formación insuficiente en nuevas tecnologías, retraso de años, falta de innovación y un extenso memorial oprobioso que nos desnuda como sistema de educación frágil muy propio de estas llamadas sociedades del conocimiento, pero sin tecnologías adecuadas.

Una memoria personal, íntima y necesaria se puede registrar al considerar ese periodo. A la pregunta ¿cómo le fue con su educación en tiempos de pandemia?, las respuestas amplían el desamparo. Asistir a clase desde cualquier lugar, enfrentarse a una considerable labor de asignaciones en plataforma, leer en pantalla, dificultades para desentrañar las guías, comunicación ininterrumpida, trabajar y estudiar simultáneamente, incomprensión e interferencia de casi todos y de casi todo...

y el cuerpo en riesgo. Si la memoria está hecha de olvidos y contribuye en algo a través de su escritura, pues vale la pena la terapia que representan estos textos de estudiantes y profesores sobre su experiencia en tiempos de pandemia. Antes de que se nos olvide o antes de que vuelva a suceder, les proponemos contribuir a la construcción de nuestra memoria durante estos meses de pandemia y lo que esta causó, transformó, desveló en los escenarios en los que la educación se realiza. El relato de una de nuestras estudiantes motivó la decisión de que este número de la REVISTA Reflexiones se ocupara de la construcción de esa memoria individual y colectiva tan valiosa para cualquier proceso de enseñanza aprendizaje. La invitación a todos los que conforman una institución -administrativos, profesores y estudiantes- fue extendida en términos de libertad, de autonomía en la escritura y formato con la convicción de que todas las posibilidades textuales son necesarias para darle forma a esa “colección de grandes metáforas” que constituye la memoria. Esta fue la razón de este Dossier: para que no se nos olvide recordar.

Pedro Pablo Salamanca Molano
Editor